

La intención del autor es aquí más sutil de lo que revela a primera vista. Habla con sarcasmo de las mentes «aristocráticas» y de las «almas refinadas», pero no por el hecho de no escribir poesía accesible a los cargadores griegos, los trabajadores italianos o los ladrones de Londres. Nadie, sospecho, sería capaz de cumplir con este requisito, porque los poetas del siglo XX son, por razones evidentes, incomunicados, desprovistos de lectores, «no reconocidos»; en cambio, el «gran espíritu popular» sigue adormecido, no sabe nada de sí mismo, capaz de encontrar su verdadero rostro sólo en la poesía del pasado. Quien haya escuchado en Italia a la gente sencilla recitar de memoria las estrofas de Dante sabe cuán grande es aún la vitalidad de aquella poesía remota. Los poetas de hoy son todos «mediocres», sin excluir a quien es autor de esta opinión y quien se acusa también con severidad, pero no se deja llevar por las ilusiones, como le suele suceder a las «almas refinadas».

Llegamos así al problema de la angustia que se apoderó de los poetas del siglo XX, presente en cada encuentro suyo con el «hombre de la calle»: frente a él se sentían «refinados», encerrados en su «cultura» y por lo mismo incomprendidos, potencialmente atacados por él, como son agredidos los que se dedican a los menesteres poco «masculinos»... Cuando intentaban comprarse su aceptación «rebajándose a su nivel», los resultados no eran satisfactorios puesto que la poesía mal resiste semejantes operaciones falsas. El fragmento analizado por mí no es normativo, sólo diagnostica el fenómeno. Este es bien conocido en los Estados Unidos, donde tanto los autores como los lectores de poesía casi siempre pertenecen al campus universitario. La proliferación de estos poetas así como el interés de los estudiantes por la poesía no deberían cegarnos al hecho de que en el fondo sigue latente esta recíproca hostilidad entre la élite y la gente común, al igual que en los tiempos franceses de los *poètes maudits*; e incluso el tiraje tan bajo de libros de poesía es ya un indicio.

Desde que O. Milosz escribió *Algunas palabras sobre la poesía*, pasó más de medio siglo. Los acontecimientos históricos confirmaron lo justo de su diagnóstico, porque en las tragedias comunes, como lo fue, por ejemplo, la ocupación nazi en Polonia, *el abismo entre el poeta y la gran familia humana* desaparece y la poesía se convierte en artículo de primera necesidad, como el pan. Escucho vuestra réplica: que no es justo tomar como medida la situación tan extrema como la guerra y el movimiento de resistencia. Justamente bajo la ocupación alemana, en la resistencia polaca desaparecían las barreras de clase; fue el comienzo del proceso que después se tornó mucho más intenso durante el gobierno comunista y terminó por la formación de una sociedad totalmente distinta... En esta nueva sociedad, el alto tiraje de los libros poéticos que desaparecen de las librerías prácticamente al instante, no debe resultar extraño. También disminuye la separación entre el obrero y el intelectual.

Sigo citando:

«Se puede constatar sin prejuicio alguno, sin la menor intención de coquetear con la paradoja, que el mundo, desde hace casi un siglo, no nos ha dado ni un solo poeta, es decir, un verdadero poeta, digno de ser comparado con aquellos ríos benévolos y favorables tanto a los barquitos pequeños como a los galeotes dorados, que en sus aguas agitadas y profundas mecían lo bueno y lo malo, pero siempre atentos a la corriente que nos ofrecía una imagen de la persistencia de las cosas divinas y de lo

percedero de las generaciones humanas. ¿Qué restó del parnasianismo y del simbolismo? ¿Qué va a quedar dentro de veinte años de la enorme y vacía producción poética de nuestros días?»

El lector de estas palabras dirigidas en contra de la «pureza» de la poesía, partidario de la poesía «impura», pensará aquí, espero, en Walt Whitman, quien cumple con los requisitos arriba mencionados. Además, ¡qué cercana a nuestra sensibilidad nos parecen las palabras de O. Milosz que a la de los años treinta!

La siguiente cita exige un comentario inmediato. Oscar Milosz era un hombre muy joven cuando conoció en París al entonces ya viejo Oscar Wilde. Lo llama, conforme el origen de la familia Wilde, un poeta irlandés. En cuanto a Byron, en aquella época este poeta no tenía más admiradores entre los poetas de los que tiene ahora... Oscar Milosz conocía de memoria muchas estrofas de Byron:

«En el fondo, esta búsqueda de la poesía pura está arraigada directamente en el manierismo de las escuelas llamadas “esteticistas”. Aunque en otros términos, esto ya lo habíamos discutido mucho en el año 1895 en Kalissaya, el primer bar americano en París, que frecuentaban mis amigos Oscar Wilde y Moréas. Y nunca olvidaré el estupor con que me miró el poeta irlandés cuando un día, en la conversación sobre Shelley, aquel gran fundador del esteticismo, me puse del lado del grafómano Byron, discípulo del clásico Pope; Byron, que en su grandioso *Manfred*, el poema más humano y el menos romántico de todos sus poemas, no vaciló en reincidir e interpretar a su manera el tema del Prometeo.»

La poesía de su tiempo era, según el autor de *Algunas palabras sobre la poesía*, «el engendro de la burguesía mundial en decadencia» y, por eso, si no quería morir definitivamente, tendría que renacer en el futuro, rompiendo los lazos de continuidad con su predecesora. Pero incluso esto no dependería sólo de la poesía misma. El autor preveía una gran transformación en todos los terrenos de la actividad del hombre: el nuevo Renacimiento, puesto que como ya lo hemos dicho, fue un milenarista. Este nuevo Renacimiento iba a ser, sobre todo, la obra de la física posteinsteiniiana:

«La poesía del futuro nacerá de la transmutación científica y social que está ya progresando a nuestros ojos. La gran guerra, el último o penúltimo arrebató del capitalismo y del imperialismo, aún está esperando a su bardo. Que la poesía entonces sepa guardar la paciencia pacíficamente. No sólo los hechos, sino las consecuencias espirituales de éstos convocan a la gente inspirada.»

Fijémonos en el hecho de que Emanuel Swedenborg, que tanto había inspirado a William Blake, anticipaba como fecha del Juicio Final el año 1757, aunque ningún signo *externo* indicaba que el juicio ya se estaba efectuando. A su vez, Blake, nacido justamente el año del juicio swedenborgiano, en sus libros proféticos había anunciado el milenio oculto bajo la superficie de los hechos, otorgándose a sí mismo el papel primordial en su preparación. Oscar Milosz conocía la poesía inglesa, pero como Blake entonces aún no pertenecía a su canon, por eso, se supone, nunca había topado con su nombre. Sin embargo, las similitudes entre los dos son grandes. En cierta medida las podemos explicar por la lectura que ambos hicieron de Swedenborg. Durante su vida estaba ya sucediendo la llamada así por Milosz transmutación científica y social, preparando el fundamento para el nuevo Renacimiento. Desde nuestra perspectiva,

habría que añadir que el acontecimiento que abrió el siglo XX, es decir, la primera guerra mundial, no sólo no encontró a su bardo sino que simplemente no pudo encontrarlo; los subsecuentes veinte años de entreguerras fueron un período muy breve.

El autor de *Algunas palabras sobre la poesía* anunciaba la ya cercana unión de todo el «pequeño planeta Tierra», la nueva ciencia y la nueva metafísica. Trataba incluso de imaginarse el carácter de la futura poesía:

«La forma de la nueva poesía será seguramente la forma de la Biblia: una prosa de latido fluido, hieratizada en versículos.»

Aunque haya sido milenarista, no negaba la posibilidad de la catástrofe decisiva, del fin del género humano, por lo menos, de esta humanidad que conocemos:

«Puede ser que no suceda nada de esto y que la encorvada y estéril poesía de nuestros días sea sólo el balbuceo final del agotamiento extremo y del infantilismo senil. Esto sería el síntoma no sólo de la decadencia de una de las artes sino la señal del fin de la humanidad. ¿Quién lo sabe? Estamos quizá mucho más viejos, mucho más cansados, mucho más alejados de Dios de lo que pensamos, de lo que pensaba el mismo Timaios de Platón. Si es así, sólo nos queda el anhelo de que llegue el nuevo Ezequiel capaz de pegar un grito tan potente en medio de la tormenta como lo hizo el primero: “El fin, el fin viene sobre los cuatro extremos de la tierra. Ahora será el fin sobre ti”».

Entonces, el estado de la poesía en la época antigua puede dar testimonio de la fuerza o de la esterilidad de las fuentes vitales de la civilización. De la observación de la poesía contemporánea O. Milosz sacaba conclusiones pesimistas y sería interesante compararlas con los juicios de T. S. Eliot, Ezra Pound o T. E. Hulme; es decir, de los poetas que, aproximadamente en la misma época pronunciaban los veredictos desfavorables sobre la civilización tecnológica. Parece que la diferencia capital residía en el *mito del retorno*, presente en los poetas de orientación conservadora. Aparentemente, mi primo, al citar a Homero, Dante y Shakespeare, también daba prueba de su nostalgia tan común por distintas fases de la civilización: lo que es lejano queda idealizado, los antecesores eran buenos, los sucesores perecen en la decadencia. No obstante, Eliot y Pound ubican en el pasado una cierta norma, y el alejarse de ella explican la pobreza de la sensibilidad moderna. Según ellos, los poetas quedan atrapados por el infierno contemporáneo de la gran metrópoli, de la *cit  infernale* de Baudealaire, pero les es dada la posibilidad de defenderse si quieren seguir fieles a la norma antigua. El modelo del tiempo en estos poetas de orientación conservadora es pues regresivo, el futuro no promete nada bueno. En Oscar Milosz la situación es distinta. Para él ningún retorno es posible, por el acto mismo de la elección y porque la desviación de la poesía no tiene remedio hasta el momento en que la gran trasmutación científica y social proclame el nacimiento de la nueva poesía, y si esto no ocurre, entonces llegará el fin de la humanidad. Así, en Oscar Milosz, el modelo del tiempo es progresivo, la mirada va hacia el porvenir con esperanza o con temor, lo cual afirma la consciente filiación de este poeta con el pensamiento de los siglos XVIII y XIX que también proyectaba su fe en el futuro.

Al principio de *Algunas palabras sobre la poesía* encontramos una frase enigmática: «La poesía está unida de modo más íntimo que cualquier otra forma de expresión al

Movimiento espiritual y físico al que nutre, señalándole su camino». Es significativo que no emplee aquí la palabra «progreso» sino justamente el término «Movimiento» —y con mayúscula—, lo cual tiene determinadas connotaciones puesto que el «progreso» significa el ritmo lineal; en cambio, el sustantivo «Movimiento» implica una continua transformación y el juego dialéctico de las oposiciones. La poesía, por su naturaleza misma, genera el Movimiento, es decir, la transformación, y también, si no directamente, por lo menos, a través de la ósmosis, incita a los descubrimientos científicos. Cumple también una función de «guía» del Movimiento, lo que se traduce en el hecho de que el lenguaje de cada época histórica adquiere su forma y la determina gracias a la poesía. Como para Oscar Milosz la realidad humana es sometida al movimiento, es decir, al cambio perpetuo, sus opiniones parecen más afines a los poetas como Bertolt Brecht o Pablo Neruda que a los ironistas contemporáneos que ven inmutable y homogénea la estructura social en la que les tocó vivir. Sospecho que tanto la lectura de los escritos de mi pariente como mis conversaciones con él formaron en mí cierto método, durante mucho tiempo casi inconsciente, de mi interpretación del marxismo. Este se basaba en la convicción de que los marxistas habían tocado los problemas más latentes de nuestro siglo y que por eso era imposible ser indiferente a su teoría. No obstante, no hay que darles fe ciegamente, ya que a menudo de los indicios justos se suelen sacar conclusiones falsas, siempre dejándose vencer por la tiranía de sus buenos deseos...

De todas maneras, al hablar aquí de O. Milosz, quisiera evitar un posible malentendido: si bien es verdad que en mi juventud fui izquierdista, entonces, ¿cómo es posible que haya estado a la vez bajo la influencia de un místico, ya que esta etiqueta le colgaban a mi primo? En aquella época de los años treinta esto parecía una contradicción inconcebible. Desde la perspectiva del tiempo no considero que fuera una contradicción.

En el año 1931 se formó en la ciudad de Vilna, entonces perteneciente a Polonia, el grupo literario *Zagary*, del que fui uno de los miembros fundadores. Esto sucedió poco después del crack de la bolsa neoyorquina en 1929 que traería graves consecuencias no sólo para América. En los países europeos crecía el desempleo, alcanzando en Alemania el número de ocho millones de hombres sin trabajo; sólo la revolución podía ser un remedio capaz de salvar del hambre y de la guerra puesto que el capitalismo entraba en su fase final. Desgraciadamente, la revolución que se estaba preparando en la tan cercana Alemania iba a ser nacional-socialista. Este segundo adjetivo era tan sólo un gesto en favor de la fe en el socialismo difundida entre las masas obreras, de igual manera que la presencia del pensamiento de Marx dictó, poco tiempo después, un lema en el portal de Auschwitz: *Arbeit macht frei...* No es de extrañarse que en semejante ambiente nuestro grupo fuera izquierdista, pero nuestra espera de la revolución se unía de modo sorprendente a la intuitiva y profética expectativa del cataclismo, sin poder imaginarnos las dimensiones que éste iba a alcanzar en realidad; así como también el aura de brutalidad que acompañaba la toma del poder por Hitler no permitía prever las consecuencias de este hecho. Simplemente el hombre sensible captaba el horror en el aire. A nuestro grupo se le llamó el de los «catastro~~o~~ristas», ~~de~~ que me hace reflexionar sobre los distintos matices que adquiere el «principio de

esperanza», como lo llamaba Ernst Bloch. Este *principio de la esperanza* indica el linaje romántico del marxismo. ¿Acaso la filosofía de Marx no se había formado en el Siglo de las Exaltaciones y la fecha de la aparición del *Manifiesto comunista*, el año 1848, no es más que significativa? El «principio de la esperanza» actúa en todos estos terrenos donde se pronostica el cataclismo que va a poner fin al orden existente para que nazca una realidad nueva, purificada —sea por una revolución, sea por el diluvio— o por una *conflagration universelle*. En otras palabras, no existe una contradicción entre la expectativa que es a la vez optimista y estremecida de angustia. Lo podríamos comprobar tomando como ejemplo a un escritor que por su formación pertenecía al Siglo de la Razón y al de las Exaltaciones: pienso en Dostoiewski. En su madurez, él también profetizaba el cercano fin del mundo, hablaba del Astro Amargo del Apocalipsis. No obstante, siguió siendo fiel a su juventud socialista ya que nunca dejó de anhelar una sociedad perfecta donde cada uno rechazara su propio «ego» para el bien de toda la comunidad; sólo que ubicaba este Reino de Dios en la tierra hasta el final o incluso después del fin de la historia de la civilización humana. Pienso que también en nuestro grupo de los «catastrofistas» estos dos aspectos de la esperanza se entrelazaban, confundiéndose uno con el otro.

Podríamos preguntar: ¿Es posible la poesía que se aparta del Movimiento tal como la concebía O. Milosz? O de otro modo: ¿Es posible la poesía no escatológica? Tendría que ser una poesía indiferente al eje pasado-futuro y a las «cosas definitivas», es decir, a la Redención y a la Condena, al Juicio Final y al Reino de Dios, al sentido de la Historia; en otras palabras, indiferente a todo lo que une el tiempo previsto para una vida individual con el tiempo de la humanidad. No es fácil entonces contestar esta pregunta. Parece que así era la poesía de la antigua China, pero podemos estar equivocados en este juicio tomando superficialmente la complejidad de una civilización que nos es inaccesible. En nuestra civilización, sometida a *l'accélération de l'histoire*, la unión entre la poesía y el Movimiento es necesaria, y la esperanza, consciente o incluso inconsciente de sí misma, le es vital al poeta. Puede ser que el tono pesimista de la poesía del siglo XX se deba a que la concepción del arte poético como consecuencia del «cisma entre el poeta y la gran familia humana» va en contra de la naturaleza de nuestra civilización formada por la Biblia y, por eso, en su raíz misma, inevitablemente escatológica.

CZESLAW MILOSZ  
978 Grizzly Peale Boulevard  
BERKELEY, Ca. 94708, USA

Traducción del polaco:

BÁRBARA STAWICKA-MUÑOZ  
ul. Winogrady 29, 61-663 POZNAN, Polonia